la era perseguido el jefe Jiménez Mendizábal. Toluca fué declarada en estado de sitio, reasumiendo el mando el general O'Horán; á la vez en muchas poblaciones se arreglaban batallones de voluntarios, haciéndose notable el alistamiento en el mineral de la Luz y en el de la Purísima; en Nuevo-León y Coahuila ofrecían muchos individuos todos sus bienes y personas para la guerra, pidiendo marchar á la vanguardia de las tropas.

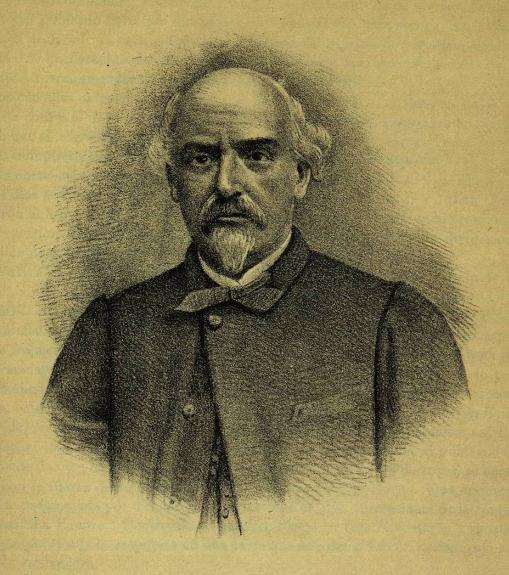
Los reaccionarios llegaron hasta atacar formalmente á Tacubaya, se hacía una gran reunión de ellos en el Monte de las Cruces, y Márquez y Cobos recorrían las poblaciones del Estado de México seguidos de grandes partidas que vivían del saqueo y el robo. Como se anunció que D. Miguel Miramón intentaba internarse en la República para conspirar contra las instituciones, previno el gobernador de Veracruz á todas las autóridades, que lo aprehendieran si llegaba á penetrar. Cartas procedentes de la sierra de Querétaro, anunciaban que el jefe Mejía había sustituido la bandera mexicana con la española, viéndose obligado el vice-cónsul español á dirigir una protesta al gobernador del Estado queretano.

El general Robles Pezuela llegaba á la capital de la República el 7 de Enero, habiendo ocurrido el hecho de que en el camino fuera detenida la diligencia por el jefe reaccionario Taboada, quien conferenció con Robles sin tomar la correspondencia pública. Tan cerca de la capital estaban las fuerzas reaccionarias, que sorprendieron á Tlanepantla cuatrocientos de ellas, en el momento en que se hacían preparativos para recibir al gobernador Berriozábal. No obstante esa situación, em los Estados se notaba grande entusiasmo para ofrecer donativos y para levantar tropas que combatieran la invasión de los extranjeros; los gobernadores y las Legislaturas expedían proclamas y hacían protestas contra la intervención.

Al desembarcar en Veracruz los españoles, habían tomado posesión de la aduana y comenzaron á dictar disposiciones hacendarias. No puede negarse que en aquella época, la prevención de los españoles era muy fuerte contra México; los ingleses traían órdenes muy severas respecto al pago de la Convención y de los fondos ocupados por el jefe Leonardo Márquez en la calle de Capuchinas, según lo manifiestan las notas de Mr. Wyke y la correspondencia del ministro de los Estados-Unidos, en la secretaria de negocios extranjeros en Washington.

El almirante Jurien de la Gravière tenía guardia de honor de soldados franceses, en tanto que Mr. de Saligny la tenía de españoles. Algunos disgustos suscitados entre éste y Prim se traslucían ya en el público; el jefe Menduiña continuaba dando disposiciones sobre asuntos municipales, hizo que fueran pagadas las mismas contribuciones que se enteraban antes en la tesorería municipal, y convocó postores para el abasto de carnes en la ciudad, señalando las bases; también se solicitaron postores para proveer de pan y carne á las fuerzas españolas. Casi todos los empleados de las oficinas en Veracruz eran españoles, entre éstos se daban casos de colerina y á fines de Enero tenían los aliados en el hospital más de mil enfermos.

El general Uraga fué invitado á una conferencia en la Tejería; pasó revista á



General José López Uraga.

Al desembarcar en Veracruz las tropas de las tres potencias aliadas para intervenir en México, era el Sr. Uraga general en jefe del ejército de Oriente en Diciembre de 1861. Nunca tuvo fé en el triunfo de tropas bizoñas, indisciplinadas y sin recursos, en combates con tropas europeas. En una conferencia en la Tejería, con Mr. de Saligny, éste le ofreció el bastón de Mariscal y otras ventajas si se adhería á los proyectos de la Intervención: pero Uraga rechazó las ofertas y despues manifestó en una carta su indignación. Ocupó otros puestos de importancia y no pudiendo avenirse con Rojas, Artea a y otros jefes republicanos, se adhirió por fin al Imperio, recibiéndole Maximiliano en Irapuato el 10 de Septiembre de 1864.

las fuerzas acampadas en la Soledad y quedó muy satisfecho de la destreza con que el batallón de zapadores ejecutaba la esgrima de la bayoneta y del adelanto de los rifleros en el tiro al blanco; únicamente iban mal las proveedurías de víveres. Faltaban armas y el gobierno tuvo que dictar severas disposiciones para recogerlas; Tabasco quedaba declarado en estado de sitio por decreto del gobernador Dueñas; Vidaurri mandó que los derechos de la aduana de Matamoros y las otras fronterizas de Tamaulipas, fueran pagados en la jefatura de hacienda de Nuevo-León y Coahuila; á la vez los cónsules extranjeros residentes en Tampico, dirigían al general Tapia una protesta contra el impuesto del dos por ciento sobre capitales, suscribiéndola en primer lugar el cónsul norte-americano Franklin Chasse, el general Tapia dispuso que se cumpliera la ley y que el producto del impuesto fuera depositado en el consulado norte-americano, hasta que el gobierno resolviera lo que le pareciese. Algunos días antes las fuerzas que mandaban los jefes Martín Zayas y Julián Cerda, firmaron el 8 de Enero, en la Villa de Jiménez, un convenio por el cual prescindían de la cuestión local del Estado entre los Sres. Serna y Ortiz y se dirigieron á Tampico para tomar parte en la guerra contra los extranjeros.

Varios particulares levantaron guerrillas á sus expensas en el Estado de Veracruz, y otros colectaban reses y víveres para el ejército, cuyo campamento formó el general Zaragoza en el pueblo de la Soledad con la brigada de San Luis Potosí. y las guardias nacionales de Córdoba y Orizaba. A medida que iban desembarcando los franceses, pasaban á la Tejería, en cuyo lugar tuvo el general Uraga una conferencia con los comisarios Jurien, Wyke y Prim, y en ella se mostró tan poco diplomático que disgustó al gobierno. Allí, en la Tejeria, en la mesa del general Uraga, entonces jese del ejército de Oriente, Saligny le ofreció en tono enfático, haciéndole notar que le hablaba como ministro de Francia y en nombre del Emperador, el título de duque y el bastón de mariscal, si desconocía al gobierno del presidente Juárez, con quien le aseguró que nunca trataría Napoleón y si se encargaba con la fuerza de su mando, de organizar un nuevo gobierno. Esta conversación fué presenciada por el capitán de navío M. Chaillée, comandante de la fragata francesa "La Foudre." Contestóle el general Uraga en términos duros y después apareció publicada la respuesta en una carta que éste dirigió á Mr. de Saligny, atacándole con rudeza, delegad ses este este este de care la control de control

Acompañaban al general D. Juan Prim, que revestía el doble carácter de comisario y comandante general de las tropas de su nación, además de sus ayudantes, gran número de jefes y oficiales de todas armas y de la administración. Poco después de su llegada se habían embarcado para la Habana no solamente el general Gasset, sino el intendente y tres jefes, quedando de gobernador D. Ramón Menduiña. Prim no aprobó la conducta observada por Gasset con el Ayuntamiento de Veracruz, y quiso que esta corporación volviera á reunirse, sin lograrlo, pues los individuos que la compusieron exigían para ello permiso de las autoridades mexicanas y no admitian que los presidiera ningún extranjero; nada valieron las reiteradas instancias del gobernador Menduiña, ni la oferta que hizo de volver á colocar el cuadro de las

armas nacionales en la sala de sesiones, de donde había mandado quitarlo su antecesor Vargas Machuca. El general Prim apeló entonces á la creación de una junta compuesta en su mayoría de españoles, vecinos antiguos de Veracruz, quienes cumplieron lo mejor posible su encargo, atendiendo á lo difícil y complicado de las circunstancias.

Las fuerzas aliadas, según lo declaró el conde de Reus, en la conferencia que tuvieron los aliados en Orizaba el 9 de Abril (1862), llegaron á Veracruz sin carros, sin caballos ni acémilas, faltas de los recursos necesarios para el trasporte de los víveres, de los enfermos, de la artillería, en condiciones tales, en fin, que hubiera podido creerse que de antemano habían resuelto limitarse á la ocupación de Veracruz. Esta falta militar fué confirmada por el almirante La Gravière, jefe de las fuerzas francesas, según consta en el acta de la citada conferencia. ¿Cómo era posible que 9,500 hombres desprovistos de medios de trasporte, hubiesen penetrado hasta la capital de un país poblado por ocho millones de habitantes? El mariscal Serrano, Capitán general en la Isla de Cuba, había manifestado á su gobierno, que si se trataba de una campaña al Interior, no debía bajar de veinte mil hombres el cuerpo expedicionario, pues lo contrario sería exponerse á un descalabro. Ese general, autorizado al principio para arreglar todo lo relativo á la expedición española contra México, previno en las primeras instrucciones al jefe de las tropas, que si el gobierno mexicano se negaba á dar satisfacción al ultimátum, debía establecerse desde luego el bloqueo en los puertos de Veracruz y Tampico; pero de manera que sólo los mexicanos sufrieran las consecuencias y los perjuicios, apoderándose á toda costa del castillo de Ulúa. Así se explica que el contingente español llegara á Veracruz sin medios de trasporte.

La proclama de los aliados dejó subsistentes las alarmas é inquietudes de los mexicanos; aunque estaba redactada en tono moderado, diferente del de las alocuciones de Gasset y aun envolvía una reprobación á la conducta de éste, que no tuvo más que ultrajes para México, se mezcló en la administración pública nombrando autoridades é instalando tribunales y el periódico que estableció fué eco de un partido vencido en la República; Gasset había querido presentarse ante el ejército español como invasor hostil, y sin tener en cuenta ni la existencia del gobierno de México, ni la independencia de este país, impulsó al estado de guerra en que lo encontraron las fuerzas de Francia é Inglaterra al pisar el territorio mexicano.

En esta situación los representantes de los aliados, no sabiendo qué hacer, procuraron calmar la indignación pública haciendo entrever una esperanza de paz honrosa; pero tal conducta fué otro motivo de las sorpresas que vinieron sucediéndose desde que se firmó la impracticable Convención tripartita y brotaron las dudas por la manera con que se expresaba la prensa ministerial en Londres, París y Madrid, variando desde pedir la simple intervención hacendaria, hasta la creación de un trono en México; este proyecto era desmentido, sin embargo, en la proclama de los comisarios tan vaga y exagerada; sí negaban con toda claridad que hu-

biese planes de intervención y de conquista, subsistió aquello "de tenderle una mano amiga" apoyada en ejércitos y escuadras, y en actos de hostilidad como la ocupación de Veracruz, aunque se agregaba: "que quedaba exclusivamente á los mexicanos el constituirse sólidamente, sin intervención de extraños." ¿No era esa proclama un nuevo enigma entre los mil que ya brotaban de la alianza tripartita? Anunciaba la proclama que los aliados iban á dirigirse al gobierno mexicano, y como éste estaba representado por el Sr. Juárez y á él quería derribar la Intervención, venía la duda de cómo se ajustaría un arreglo satisfactorio, que se aviniera á la Convención de Londres y respetara lo que ésta quería derribar.

A la proclama siguió la nota colectiva que los aliados dirigieron al gobierno mexicano el 14 de Enero. El general Prim mostró en la primera sesión que tuvieron los comisarios aliados, el proyecto que de antemano había escrito, de una nota dirigida al gobierno de la República, en que se le decía lo mismo que al pueblo en la proclama, y propuso que los representantes de cada una de las tres potencias contratantes, enviaran otras notas separadas, expresando las reclamaciones exigidas por sus respectivos gobiernos, pensamiento que aprobaron unánimemente los plenipotenciarios aliados, pidiendo los de Francia é Inglaterra, copia de la proposición para estudiarla.

En la segunda conferencia tenida por los aliados el 10 de Enero, se acordó la manera de enviar dicha nota, y el almirante Jurien propuso algunas modificaciones al proyecto del general Prim, las que fueron aceptadas. La tercera conferencia tuvo lugar el día 13, y en ella se discutió si la nota colectiva había de dirigirse al presidente de la República ó al ministro de Relaciones; se resolvió que se dirigiera al primer funcionario, y que las notas que debían incluirse á la general fueran dirigidas al segundo. En otra sesión tenida el día 14, en la que hablaron de las reclamaciones que cada uno quería hacer al gobierno de México, los comisarios se exaltaron al grado de cruzarse palabras duras y tan poco amistosas, que no quisieron que constaran en el acta y se le dió á la junta el carácter de reunión confidencial, decidiendo no mandar al gobierno mexicano las reclamaciones; en consecuencia se alteró el sentido de la nota colectiva.

Las actas respectivas describen lo sucedido de la siguiente manera: después de arreglar la alocución y ver los acantonamientos de Tejería y Medellín, se habían reunido los aliados nuevamente el 13 de Enero, para acordar la nota colectiva que debían enviar al gobierno de la República, nota aprobada al siguiente día con poca discusión, quedando convenido que se pedirían satisfacciones, pago de cuentas y garantías para el porvenir, y se ofrecía una cooperación benéfica en favor de México. Con esta nota debían ir los ultimátums respectivos. Lista ya y cerrados los ultimátums, surgió la idea de que convendría conocer lo que cada uno pedía, para saber cuáles eran los compromisos contraídos, pues los comisarios de una potencia no sabían lo que reclamaban los de otra. Leyéronse los de Inglaterra y España, sin que se les opusiera objeción alguna; aunque la primera reclamaba cincuenta y ocho millones de pesos, tal suma resultaba de convenciones y liquidaciones legales